

## **HISTORIA, MEMORIA, DESTINO**

Preguntarse acerca de nuestro pasado y de nuestro destino forma parte de nuestra esencia más auténtica de seres humanos. Formulamos infinidad de veces, aun inconscientemente, estas preguntas, hasta encontrar respuestas que por un momento nos parece satisfactorias, sin embargo son precarias, suspendidas entre los abismos de la duda y el misterio, como nuestra misma existencia. La Historia parece contener un mensaje, mejor: muchos mensajes, cifrados en un código que se nos escapa. Hay que desconfiar de quienes pretenden haberlo encontrado. No encuentro mejor manera de indagar sobre la Historia que meditar sobre los eventos conocidos, y aun los desconocidos, para divisar un significado. El mayor problema que encuentro es la infinitud de la experiencia y el acontecer humano frente a la fragmentariedad y rigidez de la memoria. El saber histórico es una narración sumamente parcial, que descansa en nociones artefactas o incluso erróneas sobre el pasado. La reconstrucción de este se asemeja a una búsqueda en la noche más oscura con una frágil linterna y algunas fogatas fugaces en el negro horizonte. Ante todo está el vacío total, lo que no sabremos nunca, lo que ha quedado para siempre sepultado “en la noche de los tiempos”. Vidas de personas desconocidas, humildes, que no dejaron huella. Sabemos algo de la vida de la aristocracia y la hierocracia de los antiguos romanos, muy poco de todos los demás, casi nada de lo poco que es iluminado por Roma entre los siglos III a. C. y V d.C. La memoria de lo que fue Cartago se ha perdido para siempre, junto con la de pueblos desaparecidos por completo, como los Dacios. Ni hablar de lo que estaba más allá del gran imperio, solo la arqueología nos da hoy alguna pista. La historia es el inmenso cementerio del acontecer humano. Una gran lección de humildad si la sabemos entender. Todo lo que hacemos, que pensamos duradero, grande, está destinado casi con seguridad al olvido. Nos afanamos para dejar huellas: hijos, amistades, enseñanzas, escritos, hazañas, sin embargo las olas del tiempo las borrarán implacables, como pisadas en la playa. Mientras tratamos de figurarnos la inmensidad de este vacío, se nos ocurre que ni siquiera lo que queda en la memoria tiene sentido. ¿Porqué recordamos algunos acontecimientos, eventos, personajes, y no otros? En mi oficio de historiador me encuentro con frecuencia con estos innumerables olvidos. Un libro, un documento, una referencia encienden la luz, y se ilumina una historia perdida, una vida. O puede dibujarse una silueta, pensando en vidas que carecen ya de detalles. Tenemos que olvidar, de acuerdo, es imposible recordarlo todo, tanto en nuestras vidas individuales, como en la de nuestras sociedades, no somos computadoras. Pero queda una melancólica, humana sensación de finitud, de pérdida irremediable. Un misterio envuelve estos recuerdos. Una Fortuna sin rostro es responsable de enviar a la oscuridad o tener cerca de la luz los acontecimientos pasados, divinidad terrible capaz de gratificar con la gloria y con la ignominia, de premiar con el recuerdo o castigar con el olvido. Queda poco de nuestro pasado, y queda un relato accidentado y sinsentido, si aplicamos el esquema del progreso lineal para entenderlo. Más bien parece lo contrario. No el Progreso, sino la Entropía, parece ser el principio rector de los destinos humanos. Lo mejor decae, lo peor queda. La belleza desflorace, permanece lo feo, el mal gusto. El espíritu se vacía, triunfa el nihilismo. Grandes civilizaciones se deslizan fuera de la Historia frente a nuestros propios ojos. La pregunta no es: ¿cual futuro nos depara el Destino?, sino: ¿existe un Destino? La angustiada pregunta se dispersa en el silencio nocturno.